

PALABRAS AL DOCTOR PEDRO LAIN ENTRALGO EN SU INGRESO COMO SOCIO HONORARIO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA, EL 16 DE JULIO DE 1980, PRONUNCIADAS POR EL DOCTOR CARLOS CAMPILLO SAINZ, PRESIDENTE DE LA CORPORACION

La Academia Nacional de Medicina se congratula de recibir hoy como miembro honorario al doctor Pedro Laín Entralgo.

Este significativo y fausto acontecimiento habíamoslo ya previsto, por considerar razón natural que personaje tan distinguido llegare a ocupar su puesto al lado de los grandes de la medicina, que de España vinieron para unirse a nuestra Academia, haciendo con nosotros causa común. Tales fueron, entre otros, Santiago Ramón y Cajal, Pío del Río Ortega y Gregorio Marañón, inolvidables todos, a quienes una vez más tributamos gratitud y respeto. Y esto sin contar a quienes aquí se han quedado y sienten a México como su segunda patria.

España, siempre generosa, nos envía ahora otro de sus hijos ilustres: don Pedro Laín Entralgo,

cabal hombre de ciencia —hombre cabal a secas—, infatigable investigador de la verdad, une a la palabra galana la hondura de su pensamiento, atributos ambos que destacan a lo largo de su obra vastísima en medicina, historia, antropología, filosofía, psicología, disciplinas cuya práctica le han merecido en cada una de ellas lugar sobresaliente.

Maestro por antonomasia, su vida entera es continua enseñanza, un acto de fe en la razón y en el humanismo como razón de ser. Fe inquebrantable en el hombre hacedor de la ciencia y de la historia, medida de todas las cosas.

La Academia Nacional de Medicina, al recibir fraternalmente en su seno a don Pedro Laín Entralgo, mucho se precia de poder hacerlo porque aquilata así el nuevo caudal que la enriquece y la enaltece.

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL DOCTOR GUILLERMO SOBERON, CON MOTIVO DE LA RECEPCION DEL DOCTOR PEDRO LAÍN ENTRALGO COMO SOCIO HONORARIO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA, EL 16 DE JULIO DE 1980

Me corresponde esta noche el honor de destacar la personalidad del doctor Pedro Laín Entralgo. Contar con su presencia es estar ante una de las figuras científicas de mayor relieve en la España de hoy; saludarlo es saludar a la cultura española, pues es el digno heredero de una de las más brillantes y fecundas épocas del pensamiento ibero.

Es tarea grata hablar de alguien que, como él, ha incursionado en diversos terrenos del conocimiento humano; más cuando los frutos que rinde en cada uno de ellos son igualmente opimos.

El doctor Laín Entralgo pertenece a la estirpe de un Gregorio Marañón o un Santiago Ramón y Cajal, dos nombres fundamentales de la ciencia española contemporánea, muy queridos para nuestro ilustre huésped y más admirados aun por quienes veneran el trabajo, respetan el talento y rinden culto a la sabiduría. Como ellos, Laín Entralgo ha sabido encontrar en la ciencia, no una suma de abstracciones y hechos fríos, sino la vasta fenomenología que condiciona a ese organismo complejo que es el hombre. Su mirada analítica ha recorrido el escenario del mundo.

Al hablar de don Santiago Ramón y Cajal, Laín Entralgo ha dicho que es necesario estudiarlo como hombre de ciencia y como español. Es esta dualidad la que el propio Laín se ha impuesto a sí: como hombre de ciencia ha procurado penetrar hasta el origen de los hechos; como español ha cambiado el escalpelo por la pluma, para ofrecernos una de las visiones más esclarecedoras, agudas y completas de España y sus problemas. La historia de la medicina, la antropología, la crítica literaria y sociológica son disciplinas que Laín maneja con idéntica pasión.

No debe extrañarnos entonces que una de las obras más fervorosas de Laín Entralgo esté dedicada a estudiar a la generación de 1898, caracterizada, más que por su dolor de España y su antimodernismo, por asimilar la problemática humana, intelectual y literaria de su país, como punto

de partida para la búsqueda de la verdadera identidad. Para Laín, como para los insignes miembros de esa generación, la crítica y el análisis son obligaciones morales. De ahí que el título de uno de sus libros sea precisamente *España como problema*.

Oriundo de Urrea de Gaen, en la provincia de Teruel, antiguamente reino de Aragón, Pedro Laín Entralgo lleva a cabo sus estudios universitarios de medicina y ciencias químicas en Zaragoza, Valencia y Madrid. Quizá ya desde entonces despertaba al paisaje español y había de germinar en él la idea —tan compartida por los del 98— de que la tierra a la que se ama condiciona el espíritu y el estado del alma de quien la ama. Posteriormente reside en Viena en la clínica neuropsiquiátrica del profesor Potzl. De vuelta en la capital española, se encarga de la cátedra de psicología experimental en la Universidad de Madrid.

Su vocación de maestro habría de encontrar generoso cauce en la cátedra de Historia de la Medicina, que impartió desde 1942 y habría de ocupar, hasta su jubilación, durante 36 años. En este terreno sus investigaciones son de primer orden, y le han valido reconocimiento mundial, como lo demuestra el hecho de haber presidido el XV Congreso Internacional de Historia de la Medicina. El trabajo docente y el contacto con los alumnos deben haber reforzado en él la conciencia de que el conocimiento no debe permanecer encerrado en torres de marfil, que debe ser compartido, hacerse patrimonio de todos. Sus afanes y su devoción le llevaron a la rectoría de la Universidad Complutense de Madrid.

Su rica prosa, digna heredera de sus admirados noventayochistas, se distingue por su generosa claridad y su elegante concisión. Por eso no desdeña Laín los estudios de conjunto: antes bien se convierte en investigador y a veces en capitán de esas empresas que tienen por objeto convertirse en útiles de trabajo más que en fríos monumentos para

su autor. Tal es el caso de obras como su *Historia de la medicina*, sus *Estudios de historia de la medicina y antropología médica* o el *Panorama histórico de la ciencia moderna*, este último escrito en colaboración con el doctor José M. López Peñero. Asimismo, dirigió los siete tomos de la monumental *Historia universal de la medicina*.

No basta la verdad para justificar la cultura. De esto está seguro Laín Entralgo y así ve el fenómeno cultural, no como ornato del individuo o de los pueblos sino como manera de acceder a la liberación. En una obra como *El misterio del dolor*, Laín se sumerge en el problema esencial del padecimiento, lo que trae consigo la pregunta de qué hacer para aliviar realmente a quien sufre. Estas meditaciones, que han ocupado y, estamos seguros, aún ocupan el pensamiento de Laín Entralgo, han dado como resultado ese bello volumen que resume su doctrina ontológica: *La espera y la esperanza*. Para él, la esperanza es la fuerza motora de la humanidad, esa entidad misteriosa que lleva al hombre —como en el relato de Tagore— a ver el pasado y el porvenir como tiempos enriquecedores de un presente fundado en la esperanza, en el esperar. Porque es la esperanza la que proporciona la fe necesaria para el éxito en la relación entre el que sufre y el que puede aliviar el sufrimiento.

“En lo más hondo y decisivo de su entidad propia ¿qué es el médico para el enfermo, sino un hombre perito en el arte de posibilitar, dilatar y mejorar las quebrantadas esperanzas terrenales de este? Cualquier reflexión acerca del oficio de curar deberá tener en cuenta, si aspira a ser profunda, esa condición de “dispensador de esperanza que distingue y ennoblece al médico”, ha expresado Laín.

Cuando un hombre decide hacer la biografía de otro, lo mueve la identificación con el biografado. Por eso, a lo largo de estudios como los que Laín Entralgo dedica a Gregorio Marañón o Santiago Ramón y Cajal, es posible conocer la visión de la vida de su autor. Así, Laín no puede separar el papel del científico y del escritor. Al través de distintos caminos, ambos buscan un destino común y se retroalimentan mutuamente. El científico dota a la pluma del rigor y de la observación minuciosa que da por resultado la realidad esencial transformada en palabra; el espíritu otorga a la letra su humanismo y su galanura, no sólo su ornato.

Esto explica su admiración por Ramón y Cajal que convirtió al asombro en la herramienta para iniciar sus investigaciones. Esta capacidad de sorprenderse ante los fenómenos de la vida, como si naciera cada día por primera vez, también es el signo inequívoco de la trayectoria de Laín Entralgo. Sólo esa curiosidad insaciable es la que permite al hombre ser un continuo generador de ideas y de obras perdurables. Ambas cosas las ha conseguido Laín.

La creación y el descubrimiento científicos reclaman la reflexión solitaria tanto como el apoyo solidario. Saberse aislar y saber acompañar son

parte del ciclo en que la tarea científica se desarrolla. Además, como ha dicho Laín Entralgo, el científico logra la superación ontológica de sí mismo, que no debe entenderse como superioridad sobre los otros, sino como elevación de la colectividad al través de un solo individuo. El científico puede estar solo en el momento de la revelación; pero al compartir su verdad, la hace patrimonio de todos los hombres. Por eso, a diferencia de otras formas del quehacer individual o colectivo que trasciende a la sociedad, el aporte del científico se desvincula de su autor; se autonomiza y se incorpora a lo que a todos es común. También a diferencia de esos otros quehaceres, lo que un científico realiza sirve de nueva plataforma a otros; no se trata de obras, como las de arte, que en sí mismas se justifican y que aun sirviendo para fundar escuela, permanecen como alto tan intemporal como personal.

Más arriba hablamos de Laín Entralgo como español. No pretendió con esto delimitar fronteras rígidas. Acceder a la universalidad implica primero desarrollar el conocimiento adquirido dentro del país propio. Para nuestro homenajeado “la patria es la estructura de la coexistencia humana en que de modo más directo y eminente se realiza la comunicación social de la excelencia lograda por el sabio para su propio ser”. Esta es una expresión válida para todas las patrias. Si admiramos a Laín por español es porque de ahí también resulta una fuerza motriz para el trabajo que realiza. Además, ni España nos resulta ajena ni somos extraños a España. Los valores que compartimos son muchos y las esperanzas son más. Hoy nos vinculan libertad y voluntad, y esos vínculos no son destructibles.

El doctor Pedro Laín Entralgo ha sido fiel a sus convicciones. En otra de sus obras, *La empresa de ser hombre*, refiere elocuentemente su idea de la misión del hombre. Siguiendo a Martín Heidegger, tiene la certidumbre de que en la pregunta reside la forma suprema del saber. El ha sido congruente planteando cuestiones por resolver y resolviéndolas él mismo. De ello dan testimonio sus trabajos en la cátedra y su amplia obra escrita, que se ofrece en más de una treintena de volúmenes y en numerosos ensayos aparecidos en revistas especializadas. Miembro de número de las Academias de Medicina, de la Lengua y de Historia, acredita con su ejemplo que el saber no se puede parcelar.

Con el doctor Laín recibamos la lección que su propia vida ofrece. Indaguemos los múltiples misterios que ofrece la ciencia y seremos cada vez más útiles a la sociedad a la que nos debemos. Esa será la mejor forma de ofrecer homenaje a un tan distinguido colega, representante de una nación por todos nosotros querida.

En buena hora que la Academia Nacional de Medicina le haga ahora miembro honorario. Es razón de encumbramiento para nuestra asociación y motivo de beneplácito y orgullo para quienes tenemos el privilegio de considerarnos entre sus amigos.